



Jorge Mejía, *Historia de una identidad*, Letemendía Casa Editora, Buenos Aires 2005, 280 pp.

Jorge Mejía, nacido en Buenos Aires en 1923, ordenado sacerdote en 1945, consagrado obispo en 1986 y creado cardenal en 2001, es uno de los eclesiásticos argentinos más relevantes del siglo xx. Teólogo (biblista) y prelado de curia de largo recorrido, ha servido a la Iglesia en los lugares más variados después de sus estudios en Roma (doctorado en 1951 y licenciatura en el Bíblico en 1950): en la cátedra en la Facultad de Teología de Buenos Aires (Villa Devoto), como director de la revista «Criterio», designado perito en el Vaticano II, colaborador del CELAM, secretario de la Comisión de la Santa Sede para las Relaciones Religiosas con el Judaísmo, vicepresidente de la Comisión Pontificia Justicia y Paz, secretario de la Congregación de Obispos y Archivista y Bibliotecario de la Santa Iglesia Católica (al frente de la Biblioteca Vaticana y del Archivo Secreto Vaticano). Con una experiencia tan dilatada, en la que ha tratado a tantas personas de toda condición, el relato autobiográfico del Cardenal Mejía resulta –al menos para este censor– apasionante y conmovedor.

Cualquier persona ligeramente familiarizada con la vida de la Iglesia en el Cono Sur leerá con mucha atención estas páginas, que ofrecen muchas claves de interpretación de ese mundo complejo y atormentado que ha sido Argentina en el siglo xx (y con él su Iglesia): desarrollo económico impresionante, comienzo de la decadencia, dictaduras militares, democracia...; y paralelamente: explosión de las vocaciones eclesiásticas (seculares y regulares) y salidas, celos, rivalidades, heroísmos anónimos, apostolado y vida de fe... La historia de los orígenes familiares de Mejía sorprende por el detallismo, que implica una gran memoria y enorme trabajo de documentación; la historia contada de los «años de plomo» son de un interés extraordinario. Por otra parte, la Facultad de Teología de Buenos Aires tiene en este libro apuntada buena parte de su prehistoria, vivida

por Mejía en primera persona. Habrá que esperar, lógicamente, a más iniciativas de este estilo (biografías de otros protagonistas), para tener una visión panorámica completa de esos años tan interesantes y, al mismo tiempo, tan complejos. Con todo, la historia de Mejía es desde ahora una fuente imprescindible.

También tendrá acceso el lector a la microhistoria de los Ateneos romanos en la inmediata posguerra y algunas facetas menos conocidas del Concilio Vaticano II; podrá conocer cómo se fraguaron algunos acontecimientos centrales del pontificado de Juan Pablo II (como, por ejemplo, las dos jornadas de oración por la paz o la visita del Papa a la Sinagoga de Roma); sabrá cómo se trabaja en la curia romana, con qué intensidad y sentido eclesial de servicio; y tantas cosas más.

Las páginas dedicadas a relatar las últimas horas de Juan Pablo II son de una gran emotividad, lógica en un servidor tan cualificado de la Iglesia de Roma, que además fue compañero de estudios de Carol Wojtyła en Roma, en los años inmediatos a la segunda Guerra Mundial. En el fondo, buena parte del libro de Mejía es la historia de esta gran amistad (filial), desarrollada y profundizada durante casi sesenta años.

Mejía ha titulado su libro «Historia de una identidad», porque se repite continuamente la palabra *identidad* como *leit motiv*. El autor busca conocerse a sí mismo mientras recuerda su vida, admirándose de la acción de la Providencia divina en él.

J.-I. Saranyana

José de la Cruz PACHECO ROJAS, *El Colegio de Guadiana de los Jesuitas, 1596-1767*, Universidad Juárez del Estado de Durango-Plaza y Valdés editores, México 2004, 175 pp.

Siguiendo la huella de insignes historiadores de la Nueva Vizcaya, Pacheco Rojas formado académicamente con seriedad y rigor, nos entrega hoy obra que traza con corrección y brevedad el origen y desarrollo de importan-



te institución educativa de gran trascendencia en el desarrollo cultural y social de aquella lejana ciudad en Durango, fuente y raíz de su fundación, centro no solo de su organización económica sino foco social y político de Nueva Vizcaya; que irradió con su organización social, y fue centro de difusión de la cultura en buena parte del septentrión novohispano. Su influjo dentro de una heterogénea, abigarrada y diferente sociedad fue muy grande. El norte novohispano fue territorio no fácil de penetración ni evangelizadora ni cultural. La Nueva Vizcaya, cuyas tierras se remetían en el noreste, tuvo su salida cultural y política más hacia el noroeste. Zonas como la de Sinaloa y Sonora estaban bajo su cuidado y en ella no había ni población ni recursos para realizar honda acción ni político-cultural ni religiosa. La llegada de la Compañía de Jesús y su acomodo hacia las tierras boreales permitió una cristianización más efectiva, la cual tuvo que depender de un centro irradiante que fue Guadiana o Durango. El establecimiento de los jesuitas en 1596, convirtió a esta ciudad en centro difusor. La creación del Colegio de Guadiana, permitió el asentamiento de una dirección apostólica y política cultural. De ahí avanzarían hacia el noroeste grupos selectos aunque cortos que siembran al avanzar centros de expansión evangelizante y cultural. Se fijan en Culiacán y más tarde en poblaciones sonorenses y con los recursos naturales y humanos que encuentran, fundan focos civilizadores y catequizadores que operan con éxito en esos territorios.

El obispado de Nueva Vizcaya inició sus trabajos en medios pobres y rústicos. Tanto el doctor Alonso Franco como su antecesor fray Gonzalo de Hermosillo, vivieron y ejercieron su acción episcopal en condiciones casi paupérrimas. La llegada de los jesuitas les permitió ampliar su misión. Prestaron ayuda a los jesuitas, que permitió se edificaran los primeros establecimientos y de esa manera el Colegio de Guadiana inició con éxito sus labores con mayor intensidad hacia 1639. Desde ahí la Compañía logro mayor expansión y prestigio. El

Colegio se hizo cargo de la formación e instrucción de la sociedad de Nueva Vizcaya; sus alumnos y maestros crecieron y alcanzaron gran prestigio. Ese hecho despertó ciertas rivalidades entre la diócesis que necesitaban crear su seminario conciliar y los jesuitas cuyo colegio se había prestigiado.

Con cuidado, recia información y reflexión, Pacheco Cruz traza el desarrollo de la institución enseñante, sus avatares y discusiones con la curia episcopal. El afianzamiento del Colegio jesuítico que auxilió pacientemente en la formación del clero duranguense y a la obra que se realizó en esa región, y también contribuyó al desarrollo del Colegio Seminario de Durango, y su actuación el siglo XVIII son presentados por Cruz Pacheco con buena información, lo cual nos permite contar con serios informes no sólo en derredor de los colegios sino del desenvolvimiento de la cultura en el inmenso territorio de la Nueva Vizcaya. Estimo que Pacheco Cruz debe atender con más cuidado el aspecto regional, que es muy importante, y no basarse en los aspectos que presentan el desarrollo general de Nueva España. Nuestro autor, que hace corto pero certero estudio del avance del colegio, sus progresos, la actuación de maestros y alumnos desemboca irremediamente en la época de la excomunión y expulsión de la Compañía, y con ello puede explicar el descenso en la labor cultural en la Nueva Vizcaya.

La nómina de maestros activos en el Colegio a partir del año de 1741, es importante porque da idea de cómo un magisterio excepcional supo formar sensibilidad y saber en remotas zonas de nuestro septentrión. El avalúo muy posterior de la biblioteca del Colegio da idea muy rica del cuidado que se tuvo en la formación de su acervo y la penetración de las ideas que a través de los libros influyeron en una sociedad inteligente, recia y progresista, que tendió a su adelanto y progreso. El catálogo de los colegiales convictores que arranca de 1719, da idea muy clara del desarrollo intelectual del plantel y de la región. El destino que



tuvo el Colegio de la Compañía establecido en Durango, es semejante al que tuvieron otros colegios creados en el México virreinal, el cual, salvo algunas excepciones, fue fatal. Tuvo Durango preladados con excelente preparación y vigor episcopal como don Pedro Tamarón y Romeral que impulsaron la vida cultural y el desarrollo social del obispado. Personas como él figuraron en este desarrollo histórico que bien trazado nos ha dejado Pacheco Cruz, de quien esperamos estudios más recios y amplios, pues lo merece el Septentrión novohispano.

E. de la Torre Villar

Iván Darío TORO JARAMILLO, *La diócesis de Medellín (1868-1902). Actuación y formación del clero*, Fundación Universitaria Luis Amigó-Fondo Editorial, Medellín 2004, 736 pp.

El Prof. Toro Jaramillo, Decano de la Facultad de Filosofía y Teología de la Fundación Universitaria Luis Amigó (Medellín), publica completa su tesis doctoral en Teología, leída en 1995.

Se trata de una amplia y seria investigación dirigida por Dr. Antón M. Pazos, director de la revista *Hispania Sacra* (Madrid) y miembro del Instituto de Historia del CSIC. Bajo la batuta de tan buen maestro, Iván Darío Toro entró en contacto con la más moderna historiografía francesa, pionera de la historia religiosa. Esto se advierte en la introducción del trabajo (pp. 15-36), donde expone con detalle las opciones metodológicas tomadas y realiza una revisión bibliográfica de gran aliento. Gabriel Le Bras, citado en la segunda nota, está presente *par tout* e inspira también los tres primeros capítulos, en los que el Autor ofrece una descripción geográfica, económica y demográfica de Antioquia, el populoso departamento donde se halla la diócesis de Medellín.

Los capítulos quinto, sexto y séptimo ofrecen una visión panorámica de la vida religiosa, de la educación católica en Colombia y de la actuación del clero en los años difíciles de la segunda ola liberal. En este marco se inscribe

el estudio del ambiente vocacional colombiano, más particularmente en la diócesis de Medellín, recién inaugurada en 1868 (por traslado desde Santafé de Antioquia). Viene después el análisis del Seminario de Medellín: vida, formación intelectual y plan de estudios, formación espiritual, etc.

El recurso a fuentes primarias archivísticas es constante en esta tesis. El Autor ha laborado en el Archivo Secreto Vaticano, en el Archivo de Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios, en el Archivo General de Indias, en el Archivo General del Ministerio de Asuntos Exteriores de Madrid, el Archivo General de la Nación (Bogotá) y en otros archivos más circunscritos. Ha leído prensa de la época y, por supuesto, ha trabajado la bibliografía existente. La información es, pues, excelente. La bibliografía final lo testimonia fehacientemente (pp. 681-735). El libro es, por tanto, una cantera riquísima de información.

Ni la historia general ni evidentemente la historia eclesiástica pueden escribirse sin disponer de estos estudios monográficos. Toro Jaramillo ha llenado una laguna con su excelente estudio.

J.-I. Saranyana

Michael ZEUSKE (ed.), *Francisco de Miranda y la modernidad en América*, Fundación MAPFRE Tavera-Doce Calles-SECIB («Prisma histórico. Viejos Documentos, Nuevas Lecturas», II), Madrid 2004, 223 pp.

Nikita HARWICH VALLENILLA (ed.), *Simón Bolívar. Estado ilustrado, nación inconclusa: la contradicción bolivariana*, Fundación MAPFRE Tavera-Doce Calles-SECIB («Prisma histórico. Viejos Documentos, Nuevas Lecturas», III), Madrid 2004, 159 pp.

Iara Lis SCHIAVINATTO (ed.), *A independencia do Brasil. Modos de sembrar e esquecer*, Fundación MAPFRE Tavera-Doce Calles-SECIB («Prisma histórico. Viejos Documentos, Nuevas Lecturas», IV), Madrid 2005, 269 pp.

La próxima celebración del bicentenario de la Independencia americana, en 2010, ha